

CAPÍTULO TRES

CORRIENTES DE CAMBIO EN AMÉRICA LATINA. DESPERTAR DE MULTITUDES

1. La recomposición de las luchas sociales en las posdictaduras

Para identificar las corrientes que nos interesan es menester remontarse a comienzos de los años ochenta; mientras la revolución Sandinista en Nicaragua daba sus primeros pasos enfrentando la decisión norteamericana de detenerla a cualquier costo, en el extremo sur del continente los chilenos abrían el ya referido proceso de protesta popular entre 1983 y 1987. En este último caso, además de las condiciones políticas impuestas por la dictadura de Pinochet, el movimiento pareció coincidir enteramente con la recesión económica mundial iniciada en 1982 y que efectivamente tardó al rededor de cuatro años en apaciguar sus efectos; a contrapelo de esta determinación de la economía mundial en el seno de la protesta social latinoamericana, el 27 y 28 de febrero de 1989 fue registrado en Venezuela el llamado “caracazo”, que por tener lugar en el contexto de un régimen comunicacional más abierto que el chileno, quedó registrado profundamente en la retina de los latinoamericanos. Las imágenes tienen plena continuidad en ambos casos, el cierre de calles por medio de barricadas, los saqueos a los comercios, marchas espontáneas copando las avenidas, enfrentamientos con la policía y los militares. Los caraqueños descendieron de los cerros y llevaron sus manifestaciones al seno de la ciudad oligárquica. La represión policial y militar es un sello compartido por este verdadero relevo de la rebeldía social latinoamericana. El caracazo fue también el comienzo de un periodo ascendente en las luchas sociales venezolanas, originalmente respondió a los anuncios de medidas de austeridad realizados por un gobierno socialdemócrata que había concentrado las ganancias del boom petrolero en un pequeño sector de la sociedad venezolana manteniendo inmodificadas las condiciones de pobreza y miseria de grandes sectores de la capital y el interior del país; según Figueroa¹ en el periodo 1989-90 fue posible registrar 675 actos de “protesta popular”, incluidos quemas de transporte público e incluso asaltos a cuarteles de policía, cifra que llegó a 1096 en el periodo 1993-94, pasando por el intento golpista de los “Militares Bolivarianos” el 4 de febrero de 1992 encabezado por el actual presidente electo y entonces teniente coronel Hugo Chávez.

Hace falta revisar con atención lo que, mientras tanto, acontecía en el Perú, donde los golpes asestados a Sendero Luminoso, crearon la falsa impresión que los 10 años de gobierno de Alberto Fujimori sólo enfrentaron la protesta social hacia su término, cuando lo que en realidad ocurrió es que esta se desarrolló más lentamente pero también de modo más persistente que en Venezuela

¹ Figueroa, 2000

“Desde 1992 se observaron marchas, manifestaciones y paros de carácter regional, exigiendo la reinstalación de los gobiernos regionales disueltos por Fujimori. Ante los rigores del autoritarismo fujimorista y su política neoliberal, estudiantes demandaron el respeto a la autonomía universitaria mientras trabajadores de la construcción, de la salud y maestros exigieron mejores salarios y condiciones de trabajo. Trabajadores petroleros, portuarios y telefónicos realizaron ambiciosas campañas nacionales en contra de las privatizaciones que obligaron al régimen a restringir el derecho constitucional al referéndum” (Figueroa, 2002: 7)

El tiempo ha revelado al “fujimorato” como una verdadera adaptación de la implantación tiránica del neoliberalismo en Chile; menos fino en el enriquecimiento ilícito de nuevos sectores, pero con mayor legitimidad ciudadana, básicamente por el fatídico “empate” al que había arribado la Guerra Popular desarrollada por el Partido Comunista Sendero Luminoso, y que bastos sectores de la sociedad peruana esperaban se resolviera prontamente como prácticamente ocurrió con la captura de Abimael Guzmán en 1992. Las movilizaciones populares que acompañaron la caída de este régimen en 2000 han sido observadas como comparsa de una decisión del Departamento de Estado norteamericano al difundir videos mostrando la corrupción del régimen; no obstante, esta misma decisión puede entenderse como la consecuencia de una serie de movilizaciones que incluyeron las dos “Marchas de los Cuatro Suyos” (1999 y 2000) , paros cívicos y jornadas de protesta que llegaron a reunir hasta cien mil personas en medio del amenazante control policial del centro de Lima en las vísperas de la asunción al tercer mandato de Fujimori. Algo similar a lo recién descrito para el caso peruano es lo ocurrido en el argentino, donde desde el mismo inicio de la implantación de las políticas neoliberales a fines de los ochenta se desarrolló un movimiento de protestas -incluidos los primeros saqueos- que ya el 16 de diciembre de 1993 encontró un punto culminante en la “pueblada” de Santiago del Estero, seguida de levantamientos similares en los estados de Nuequén y Jujuy. El aparecimiento de los “cortes de ruta” por obra de los llamados “piqueteros” argentinos es también anterior a los efectos globales de la crisis asiática presentados a partir de 1997. Traemos a colación esta coyuntura, pues a pesar que en el caso peruano nos extendimos hasta la caída del fujimorato, nuestro intento fundamental es matizar las tesis del “ciclo del descontento social” que desembocaría periódicamente en acciones colectivas de protesta modificando el cuadro político de las sociedades.

La idea del ciclo² ha servido para dar una cierta continuidad a la formación discursiva de la lucha de clases con respecto a la nueva formación de los movimientos sociales redistributivos en América Latina, sin embargo, existe un grado de incompatibilidad discursiva entre ambas formaciones, ya que los “objetos” analizados por la primera suponen continuidad en los antagonismos

² Hirshcman, 1998

clasistas organizados por un enfrentamiento constante entre los intereses del capital y el trabajo; más que ciclos entonces, el discurso se organiza en torno a intensidades en la conciencia colectiva de la explotación, intensidades que a su vez se sobredeterminan económicamente. En definitiva se ha develado que el discurso de los movimientos sociales distributivos no aspira a desarticular la formación discursiva en la que participó la lucha de clases que la precede; más bien pretende reorientarla por un cauce con menos amenazas de radicalización política, intentando poner por delante la pluralidad de las experiencias de lucha antes que su codificación ideológica; en dicha disposición de los enunciados la configuración de ciclos brinda la oportunidad de intervenirlos políticamente para transformarlos en cambio graduado y ascendente, una helicoidal del cambio social por sucesivas acumulaciones. Al mostrar por nuestra parte la persistencia y el relevo de las luchas sociales en América latina no pretendemos volver sobre ningún tipo de concepción lineal, sino más bien invertir el orden de los enunciados, pues nos parece que en una medida hasta ahora no considerada, existe lo que denominaremos una “economía de la protesta social”, dicha economía no es concertada por los propios actores de la protesta, sino por los poderes constituidos que han llevado adelante la implantación del neoliberalismo en América Latina, más allá de las fuerzas políticas que han articulado los intentos capitalistas alternativos del neodesarrollismo descritos más arriba. Como toda economía, una referida a la protesta social, no implica el control absoluto de todas sus variables, los efectos indeseados se acumulan y lentamente esta economía retrocede sobre sus objetivos macro, los que en el caso de la protesta social latinoamericana han consistido en producir esta cadena de relevos en la que incluso el alzamiento zapatista encuentra un lugar. En última instancia se trata de evitar lo que llamaremos “simultaneidad de intensidades”, en una especie de versión invertida y controlada de la concepción guevarista del foco. El ajuste neoliberal doctrinario se ha aplicado entonces escalonadamente en América Latina, intentando controlar tanto posibles desbordes de las elites políticas neodesarrollistas, como los más peligrosos devenires de la protesta social en movimientos autónomos que sobrepasen políticamente a las mencionadas elites.

En ningún caso se trata que el renaciente discurso de los movimientos sociales participe en los designios de esta economía de la protesta social latinoamericana, su falla consiste en sobrepujar –inadvertidamente- la idea del ciclo a partir de la valoración del levantamiento zapatista de 1994, al que sin descontarle méritos reales, el discurso transforma en un enunciado invisibilizador del contexto general de las luchas sociales en sus diversos ritmos, manifestaciones y formas de simbolización. Ya dijimos que el alzamiento zapatista de comienzos de aquel año constituyó el imput fundamental para el discurso de los movimientos sociales resignificados por la expectativa de su resistencia eficaz al neoliberalismo doctrinario y la globalización

“La génesis del movimiento anti-mundialización parece conducirnos a las profundidades de la selva chiapaneca a mediados de 1996. Numerosos cronistas han insistido en señalar al Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo realizado del 27 de julio al 3

de agosto de 1996 en Chiapas, México a iniciativa del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), como el primer jalón del movimiento internacional contra la mundialización liberal. En las montañas del sudeste mexicano, más de 3000 personas de más de cuarenta países se encontraron y compartieron la 'Segunda declaración de La Realidad'. Esta vocación internacional del zapatismo había tenido ya expresión en la fecha elegida para la aparición pública del movimiento, 'el día en que irrumpe el tercer milenio en México' (...) con la entrada en vigencia del tratado de libre comercio del NAFTA. En los inicios de 1994 el zapatismo aparecía así como el primer movimiento social de envergadura que, luego de la caída del Muro de Berlín, interpelaba no sólo a la sociedad mexicana sino a todos los oprimidos del mundo. La iniciativa de los 'encuentros intergalácticos' se prolongaría en dos reuniones más (Barcelona, España, 1997; Belén, Brasil, 1999) y daría impulso a la posterior conformación de la Acción Global de los Pueblos (AGP, febrero 1998)." (Tadeo, 2001)

Sin embargo, al observar el zapatismo como enunciado práctico y no como cohesionador lógico de un discurso, el alzamiento marca una alteración inesperada en la "economía de la protesta social", una fuga del espacio lógico de cualquier formación discursiva, vetusta o en formación. Esta alteración tiende a configurar una auténtica mutación en el encadenamiento sucesivo de la protesta social latinoamericana, por eso completamos la idea de que, a contrapelo de su economía de dominación, la protesta social configura una cadena cromosómica continua, con puntos de correspondencia en una y otra parte de Latinoamérica, por cierto que aquí la analogía se detiene ante la idea de encontrar "el genoma social" que defina cada aspecto de la protesta; pero nos sirve para superar el ciclo gradualista y helicoidal en miras a la irrupción del "acontecimiento" mutante que redispone las fuerzas sociales no sólo contra el neoliberalismo, sino en una franca resignificación del neodesarrollismo como base para un nuevo saber en movimiento de la producción latinoamericana³. De este modo no pasamos por alto los visos de sobredeterminación económica de la protesta social a partir de la crisis asiática de 1997 y sus persistentes efectos en las economías capitalistas periféricas, pero sobre todo podemos observar que la llegada a esta inflexión histórica se realiza sobre la base de una inicial redistribución de la acción colectiva en América Latina, la que en importante medida es invisibilizada por el lugar que le asigna el discurso de los movimientos sociales al tratar de condensar toda su potencia en la regulación del capitalismo y en la redistribución de la riqueza producida bajo este régimen, atendiendo a las transformaciones políticas que esto implica, las que sin embargo, y como indica Houtart, consisten en una apropiación hueca de enunciados como participación, gobernancia y otros. Esto nos permite enunciar el conjunto de otras luchas sociales en América Latina que han venido a asomarse como la punta de un iceberg en el cambio de siglo, posición desde la cual la emergente formación discursiva "da a conocer" sus antecedentes como el "origen" de un proceso que estuviese ahora encontrando su curso, en tanto

³ Dietrich, 2004

que lo único que avanza precipitadamente hacia una definición política cada vez más unívoca es la propia formación discursiva de los movimientos de redistribución de la riqueza. Desde nuestra perspectiva nos interesa mostrar cómo la concentración sobre este objetivo crea el efecto de circularidad de la acción colectiva latinoamericana que aparece entonces condenada al desgaste constante en su enfrentamiento con un sistema económico clausurado, desgaste que conduce a la idea de que el amarre final de lo obrado por los movimientos debe ser realizado por la clase política.

Este mismo punto de vista nos permite tomar una cierta distancia para evaluar otro suceso trascendental en las luchas sociales latinoamericanas y globales, el Foro Social Mundial de Porto Alegre celebrado a inicios de 2001, y cuyo mérito de base ha consistido en consolidar el encuentro multiforme de actores en contra de las medidas más agresivas del libremercado en proceso de mundialización

“El Foro Social Mundial proporciona una oportunidad sin precedentes para la unión de fuerzas populares de los más diversos sectores, en los países ricos y pobres, en el sentido de desarrollar alternativas constructivas en defensa de la aplastante mayoría de la población mundial que sufre constantes agresiones a los derechos humanos fundamentales. Esa es también una importante oportunidad para avanzar en el sentido de debilitar las concentraciones ilegítimas de poder y extender los dominios de la justicia y de la libertad.”⁴

Entre Seattle (1999) y Portoalegre (2001) se consumó una regulación fáctica de los planes más secretos y vitandos de la OCDE (Organización para el Comercio y el Desarrollo Económico), la OMC y el G-7, partiendo por consolidar el bloqueo al Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) que pretendía –y cuyos mentores siguen pretendiendo- liberalizar a tal punto las finanzas internacionales que de hecho implicaba inequívocamente que estas asumieran la soberanía económica de los restos del estado nación. Pero esta contención regulatoria conlleva dos aspectos soslayados en el discurso antimundialización, el más evidente es que se trata de un movimiento de dueños y profesionales de ONGs, fundaciones y agencias de desarrollo paraestatales, también de dirigentes de grandes confederaciones de trabajadores, campesinos o movimientos de derechos humanos y cívico sociales. En su inmensa mayoría se trata de sujetos que sustentan un discurso y prácticas horizontales, que despechan honesta y sinceramente toda forma de cupularismo, pero que no por estas definiciones ideológicas pueden ser confundidos con los agentes “populares” de la protesta social latinoamericana; son gente que por medios propios o institucionales pueden hacer largos viajes sin afectar significativamente sus tiempos y formas de sobrevivencia. En el fondo se trata de una vanguardia político intelectual a la que su propio discurso le impide

⁴ Chomski, 2001: 3

enunciar su condición de tal. El otro aspecto soslayado en el discurso antimundialización acoplado con el de los movimientos sociales en América Latina, es el de las repercusiones más graves e inmediatas de las victorias del movimiento sobre las pretensiones del capital financiero transnacional.

2. El Pachakutik contra la acumulación

Desde mucho antes de todo lo que hemos venido discutiendo, los casos de Cuba y Colombia se han instalado como jaque permanente a la economía de la protesta, en tal sentido ellos son al mismo tiempo “lo mejor y lo peor”. No se trata de denostar ni ensalzar uno ni otro caso, sino simplemente de ponerlos a la cabeza de una serie de situaciones que las luchas latinoamericanas deben enfrentar cuando efectivamente logran producir acontecimientos disruptivos, salirse de esa historia continua como relato que organiza toda potencia y todo antagonismo social, y que en el desarrollo de la implantación neoliberal nosotros hemos identificado como una economía de la protesta social. Aun teniendo en frente las actuales circunstancias de Venezuela y Brasil, y en menor medida las de México, Argentina y Ecuador; es demasiado evidente el peso determinante que los casos de Cuba y Colombia tienen para los destinos de América Latina. Con las complejidades de establecer la multifuncionalidad del terrorismo y el narcotráfico en Colombia, o con el desafío que implica analizar el devenir del pluralismo y las singularidades en la sociedad cubana; lo que no puede ser puesto en duda es que ambos casos constituyen los mayores desvelos latinoamericanos para los centros de control geopolítico del capitalismo, superados en el último tiempo sólo de manera momentánea por la atroz guerra de exterminio que en los años ochenta fue llevada adelante en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Sin embargo, la preponderancia de los casos colombiano y cubano los aleja de nuestro análisis más específico, quedan allí pendiendo de nuestro propio discurso como el toldo que recubre la mayor parte de la reflexión y el sentido que esta pueda producir; desde allí nos permiten hablar acerca de esos otros acontecimientos de nuevo tipo que aun sin alcanzar la relevancia de los mencionados, van minando y encarando de manera específica las formaciones discursivas de cuño más contemporáneo.

El mismo año 1996 en que la selva chiapaneca producía el acontecimiento inicial del movimiento alter mundialización⁵; en Ecuador se verificaba la más amplia convergencia de actores sociales de su historia reciente encabezados por un movimiento indígena que venía librando sucesivas batallas desde comienzos de la década; surgía el llamado Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik Nuevo País, más conocido simplemente como Pachakutik, nombre que a partir de entonces designa a la columna más influyente de la protesta social ecuatoriana integrando elementos no indígenas de la llamada Coordinadora de Movimientos Sociales, además de organizaciones sindicales y partidos de izquierda tensionados por la lógica implicada en esta nueva forma de nombrar un movimiento político. Pachakutik es el Dios creador

⁵ Supra

Incásico, aquel que maridó al Sol y la Luna, permanente creador de mundo por advenimientos epocales

Todo cambio adviene con épocas de crisis, desorden, y fuertes cambios climáticos con tormentas y sequías extremas, a lo que el hombre ha contribuido a contaminar y destruirlo recalentando todo el planeta. Es tiempo de reflexiones profundas, es hora de renovarnos en nuestros corazones, ya no es tiempo de análisis mental solamente, conectemos nuestro cerebro con los corazones y actuemos con intuición, actuemos con responsabilidad de ser los protagonistas de los nuevos tiempos,... cada uno de nosotros somos Pachakutik!!! (Shairy, 2001)

Las luchas que dieron origen a este movimiento mezclan el ancestral rasgo de la sociedad ecuatoriana; con una población indígena cada vez más acorralada y abandonada en las profundidades de la selva amazónica, y la arremetida de las medidas neoliberales especialmente en el sector del agro, lo que fue desatando un movimiento en cadena desde las comunidades más cercanas a los centros poblados y profundizándose en el corazón de la selva, desde donde los indígenas bajaron a protagonizar la protesta social, para luego replegarse en sucesivas coyunturas, hasta sentir que habían afianzado un nuevo modo de acción que les permitía intervenir sin cooptaciones en las elecciones presidenciales del 1996. El económicamente débil y recién aparecido movimiento logró un 20% de la votación, pero, sobre todo, ganó la legitimidad y organicidad que al año siguiente lo convirtió en el factor fundamental del derrocamiento del presidente Abdalá Bucaram y su continuismo neoliberal. Logrado este objetivo en 1998 se produjo una nueva marcha sobre Quito protestando contra las medidas de salvataje bancario y las alzas de los combustibles decretadas por el nuevo gobierno de Jamil Mahuad⁶. En todas estas luchas siempre se logró frenar las medidas más liberalizadoras de los gobiernos, a la vez que se sumaban nuevas fuerzas de sectores rurales y urbanos. Pero como advertíamos, junto a las victoriosas contenciones del neoliberalismo por parte de la protesta social latinoamericana, y desde fuera de su radio de alcance, se desarrollaban “naturalmente” los procesos económico-punitivos intentando promover un gran “efecto de verdad”: lo que realmente es frenado por la protesta social es el mecanismo “único” capaz de producir la riqueza. Este “efecto de verdad” promovido por el capitalismo adulto, incorpora en algunos puntos precisos, pero claves, a los discursos que pretenden dar cuenta de la protesta social en la enunciación de los movimientos sociales, de este modo vemos recién emerger la verdadera gran formación discursiva de nuestra época operando con fuerza en América Latina: así como el discurso de la lucha de clases se vio abligado a ensamblarse con los disciplinamientos del capitalismo modernizador a través del estado de compromiso, el nuevo discurso de los movimientos sociales participa de un espacio lógico que tiene como sustrato la idea que el mecanismo productor de riquezas está básicamente performado, y que sólo puede ser corregido o regulado en el nivel de sus output distributivos. Sólo así se explica que después de un decenio de luchas

⁶ Harnnecker, 2001

sociales exitosas en el Ecuador (en cuanto a contener el liberalismo), su balance económico pueda ser graficado de la manera que sigue

“Al año 1999 se le recordará por registrar la mayor caída del PIB real del siglo XX. Este declinó en 7,3% medido en sures constantes y en dólares en 30,1%, de 19.710 millones a 13.769 millones de dólares. El PIB por habitante se redujo en casi 32%, al desplomarse de 1.619 a 1.109 dólares. El país, en consecuencia, experimentó el empobrecimiento más acelerado en la historia de América Latina: entre el año 1995 y el año 2000, el número de pobres creció de 3,9 a 9,1 millones, en términos porcentuales de 34% al 71%; la pobreza extrema dobló su número de 2,1 a 4,5 millones, el salto fue de 12% a un 31%. Lo anterior vino acompañado de una mayor concentración de la riqueza: así, mientras en 1990 el 20% más pobre recibía el 4,6% de los ingresos, en el 2000 captaba menos de 2,5%; entre tanto el 20% más rico incrementó su participación del 52% a más del 61%. Y en el tornasiglo miles de ecuatorianos, más de 500 mil personas (más de un 10% de la PEA), habrían huido del país.”⁷

En el caso ecuatoriano se suman algunos factores especiales como su dependencia de los precios del petróleo y los efectos económicos del fenómeno climático de “El niño”, además, la protesta social encabezada por el indigenismo, contribuyó al reavivamiento de las fracturas oligárquicas entre los terratenientes de la Sierra y los mercaderes de la costa, lo que provocó un notorio deterioro en la capacidad de la clase política, que finalmente desembocó en la medida de sacrificar su moneda nacional para dolarizar completamente la economía (9 de enero de 2000)⁸. Recordemos que en nuestro análisis el castigo económico -que desde muy arriba se deja caer sobre las sociedades que desarrollan persistentemente vías de protesta- demuestra una debilidad general en los intentos de lucha superestructural y discursivamente concatenados contra el neoliberalismo, pero al mismo tiempo revela el límite de aquella economía de la protesta social a la que hemos hecho alusión, es el punto en que ella pierde la centralidad del control quedando este librado a peligrosas medidas represivas que obligan a las fuerzas de protesta a ensayar formas más extensas de auto-organización política, las que por medio de diversas fórmulas y distintas intensidades, aproximan el movimiento al problema del saber en movimiento de la producción de la riqueza en Latinoamérica y el mundo, y a lo que en términos marxianos denominamos como el conjunto de acontecimientos autovalorizantes de las clases productoras para la “apropiación de la fuerza productiva general de la sociedad”⁹. Efectivamente, en el caso ecuatoriano, ante el anuncio de la dolarización, bastaron menos de dos semanas para desarrollar intensivamente la fuerza del movimiento Pachakutik. Junto a otras fuerzas sociales indígenas y no indígenas implementaron a partir del 11 de enero de 2000 el Parlamento de los Pueblos de Ecuador, órgano que, dando cuenta de una tendencia recurrente

⁷ Acosta, 2002

⁸ Ídem

⁹ Cfr. supra cap. I

en los desbordes a la economía de la protesta, hizo una serie de formulaciones que mezclaban de modo absoluto lo social y lo político para exigir la instalación conjunta de un nuevo régimen político económico, práctica discursiva refrendada por la práctica a secas de una radicalización en la protesta social, teniendo una vez más como protagonistas a los indígenas; tanto así que la principal medida del gobierno consistió en bloquear las carreteras, lo que retardó la gran manifestación de descontento hasta el 21 de enero. En esa jornada se puso en evidencia la profundidad del movimiento y los lazos que había logrado establecer incluso entre un importante grupo de oficiales del ejército encabezados por el actual presidente Lucio Gutiérrez, fue esta alianza la que decidió a los miles de indígenas arribados a Quito para intentar romper el cerco militar en torno del congreso. La concertación con los oficiales rebeldes al gobierno consiguió evitar que se abriera fuego sobre los manifestantes y que estos pudieran tomarse el congreso de manera no violenta. Desde aquí, el Congreso de los Pueblos destituyó al presidente Mahuad y nombró una Junta de Salvación Nacional encabezada por el coronel Gutiérrez e integrada por dos civiles, la que fue hábilmente contragolpeada por el comandante de las Fuerzas Armadas, quien a pesar de ser reciente ministro de defensa de Mahuad, adhirió a la Junta con lo que logró presionar a Gutiérrez para que reconociera su superioridad de rango al interior de la junta, después de lo cual proclamó la presidencia interina del vicepresidente de Mahuad, el miembro del opus dei, Gustavo Noboa, quien fue ratificado por el repuesto congreso¹⁰. El movimiento indígena tuvo que replegarse mientras los oficiales rebeldes fueron encarcelados. Gutiérrez salió en libertad a los cinco meses y junto con otros oficiales dados de baja fundaron la “Sociedad Patriótica 21 de Enero” la que consiguió inscribirse como partido político “Fuerza Patriótica 21 de Enero”. En tanto los enfrentamientos del Pachakutik con el instalado presidente Noboa llegaron a una nueva cúspide poco después de conmemorarse un año del levantamiento. Desde fines de enero y durante febrero de 2001 los enfrentamientos se desarrollaron en todo el país encabezados por los cortes de ruta de los indígenas; todo lo cual obligó al gobierno de Noboa, a moderar su implantación de medidas económicas “liberalizadoras” e iniciar conversaciones con los indígenas. En 2002 el movimiento respaldó la ampliamente triunfadora candidatura presidencial de Lucio Gutiérrez con un programa de gobierno nacional desarrollista muy evocador de la revolución democrática proclamada por la República Bolivariana de Hugo Chávez en Venezuela; sin embargo desde antes que Gutiérrez asumiera comenzó a recibir las presiones tecnocráticamente codificadas de los empresarios ecuatorianos, los capitales petroleros transnacionales, los centros financieros y por supuesto del gobierno de los EE.UU., todo lo cual ha desalentado la concreción del programa de gobierno abriendo una brecha con el Pachakutik, que sin embargo en febrero de 2003 todavía se manifestaba dispuesto a

“Ratificar la alianza con Gutiérrez y hacer cumplir el mandato del pueblo. Pedir la salida de funcionarios de gobiernos anteriores que continúan en el frente económico, incluido el Ministro de Finanzas.

¹⁰ Harnecker

Reforma a la Ley Tributaria, para que se obligue a las grandes empresas evasoras de impuestos que paguen sus impuestos. Que haya una política social con equidad. Que haya una Democracia participativa y toma de decisiones colectivas. Ratificar la lucha contra la corrupción y reformar el sistema judicial. Reforzar el trabajo con los Legisladores del Bloque PACHAKUTIK. Estado de movilización en las bases. Para cualquier medida a tomarse en el futuro por parte del Gobierno de Gutiérrez, primero debe consultar a su aliado el Movimiento PACHAKUTIK.” (Resoluciones de la Asamblea del Movimiento Pachakutik, 2003)

Debe advertirse que cuando la economía de la protesta social entra en crisis, queda allí un vacío estratégico que en alguna medida comienza a ser colmado por los propios movimientos sin escatimar sus contradicciones de fondo con el saber en movimiento del capitalismo; es por eso que la relación entre el compungido Gutiérrez y el Pachakutik, no puede ser avizorada desde la unilateral perspectiva del cumplimiento o retraso del programa, no es esa además la concepción del poder en los indígenas, su propia experiencia reciente les ha mostrado que esta es una construcción desde abajo, y que si bien puede verse alterada por las formas que asume superestructuralmente el estado, el eje de la transformación no se ubica en esas cumbres del poder ya constituido; la propia alianza con Gutiérrez se explica mejor por el proceso político anterior que venía desarrollando Pachakutik, que por acuerdos “para gobernar la sociedad”

“Se abre, pues, un nuevo camino caracterizado por la construcción de un poder alternativo y diferente al discurso oficial. El movimiento Pachakutik, logra un triunfo electoral sin precedentes en la historia del Ecuador, al posibilitar que varios líderes indígenas y sociales sean autoridades locales, sin el tutelaje de ningún partido político. La construcción del poder local, es, dentro del proyecto político del movimiento Pachakutik, un primer paso hacia la construcción de un poder que tiene como horizonte al largo plazo la transformación radical del Ecuador, y la creación de una sociedad más justa, más tolerante, más democrática.” (Instituto Científico de Investigaciones Indígenas, 2003)

Existe un evidente contrasentido cultural en el endoso político que le hacemos al movimiento Pachakutik; por décadas el indigenismo latinoamericano ha tratado de ser conjugado con posiciones políticas de izquierda a partir de su ancestral comunitarismo y de su lógica social dilapidatoria del excedente económico a través de la fiesta, lo que la confrontaría desde su raíz con las ascesis de la acumulación y la competencia capitalista. ¿Cómo pretender entonces que los indígenas inauguren una práctica coextensible a los actores populares verdadera economía de la acumulación de poder? Con dos respuestas a esta cuestión concluimos nuestra referencia al caso del Ecuador y su indigenismo protagónico. En primer lugar ninguna transgenización cultural puede ser descartada a estas alturas del desarrollo capitalista; aun así, creemos que no es esta la respuesta a nuestro aparente contrasentido. Nuestra segunda

idea parte por diferenciar una economía convencional de la acumulación de bienes con respecto a una economía intersubjetiva de la acumulación de poder transformador; nos parece que en este último sentido las culturas indígenas latinoamericanas se encuentran mucho más libres de las sucesivas cosificaciones del poder político en la modernidad, de tal manera que para las etnias originarias la práctica de su poder aparece como un juego muy concreto de su propia sobrevivencia, el poder no está allá fuera de la comunidad sino en la conjunción del ser humano y sus saberes “en” la naturaleza, de tal modo que lo que a nosotros se nos aparece como un cálculo instrumental de la acumulación de poder, para el indígena ecuatoriano al menos, es su forma natural de vida, es su experiencia y saber acumulados lo que lo van haciendo más poderoso y no los asaltos a cuarteles llenos de impotencia. En este sentido nos parece evidente que el movimiento indigenista ecuatoriano se aleja del molde moderno ilustrado de la ciudadnía condensada en el pueblo, para asumir los rasgos spinozianos de una multitud que busca construir un nuevo espacio público, de atención ampliada de los asuntos comunes, sin reducirse a la representacionalidad del estado y la delegación hacia un poder soberano.

La multitud aflora en Ecuador, pero el vacío relativo de un nuevo saber en movimiento para la producción de riquezas, determina que el balance sea más bien triste: el despropósito de la dolarización llevó a la pérdida de soberanía económica a un punto tal que las intenciones progresistas de un gobierno como el de Gutiérrez se desvanecen en el aire en proporción inversa a las concreciones prácticas de la abstracción monetaria; millones de ecuatorianos exiliados por la nueva dictadura del valor-dinero sufren las humillaciones de vivir “sin papeles” en un primer mundo cada vez más hostil, no lo hacen siquiera para cumplir los sueños convencionales del inmigrante emprendedor, sino que en medio de la mayor desesperanza juntan las remesas que envían a sus familias y que componen la principal entrada de recursos para el Ecuador actual. Mientras tanto el discurso de los movimientos sociales va resintiendo el peso de las prácticas de la multitud, sin embargo se encuentra en la enorme contradicción de venir escapando de los enunciados cerrados de la formación discursiva de la lucha de clases, mientras que esta lucha estalla en términos prácticos por todos los rincones del subcontinente, para captarla es necesario arrastrar el discurso hasta su afuera, dar un paso al frente, pero este gesto aparece ya investido por el tipo de radicalidad anunciado en la anterior formación discursiva, por lo tanto se le teme al pasado y se le cierra la palabra a un futuro que inventa su propia enunciación en la multitud a medio realizar. Es el mismo vértigo de la posibilidad liberadora y del consonante peligro insondable de la multitud irrealizada que observamos en la Argentina contemporánea

3. El argentinazo entre éxodo y lo esperable

La valorización del capital y sus transformaciones no ‘afectan’ a las personas sino que las constituyen en sujetos sociales. Un ejemplo de esto es la creación social de los ‘desocupados’ en Argentina en los 90, que constituyen un gran componente cualitativo del corte de ruta. Desde esta óptica, la lucha de clases no es simplemente una lucha del capital por explotar al trabajo a nivel de la producción, o sobre la distribución de la riqueza social sino una lucha alrededor de la constitución de las formas de existencia y resistencia social. (Dinerstein, 2002)

Argentina es uno de los países latinoamericano históricamente más díscolos desde la perspectiva doctrinaria de la lucha de clases. El marxismo siguió la experiencia de Perón izando la categoría analítica del bonapartismo, pero muy pronto los montoneros socavaron aquella interpretación, de ahí en más, las luchas sociales en Argentina fueron derribando categorías a una velocidad que el discurso general de comprensión latinoamericana no lograba seguir. Una fuga de tal tipo no pudo sino ser detenida a través del genocidio, y aun así, la tendencia a la acción de protesta llevó a la dictadura colegiada a iniciar en 1982 una guerra de cohesión nacional a través de un acto que subió la apuesta utópica de las propias luchas sociales, la recuperación de las Islas Malvinas: fin de la dictadura y causa de que la implantación neoliberal se realizase en relevo con la nueva democracia.

La estupefacción que ha causado la reciente crisis económico social en Argentina, proviene del modelo de desarrollo que ella representó para los latinoamericanos desde mediados del siglo pasado. La pregunta de toda Latinoamérica es ¿cómo fue esto posible en un país que parecía un injerto europeo en el subcontinente? En medida importante la respuesta a esta pregunta se resume en el fallo judicial de un proceso iniciado por un periodista en torno de las irregularidades del endeudamiento externo argentino; en una de sus 191 páginas el fallo expresa que “Aproximadamente el 90% de los recursos provenientes del exterior vía endeudamiento de empresas (privadas y públicas) y del gobierno fueron transferidos al exterior en operaciones financieras especulativas”¹¹. La dictadura argentina obligó a las empresas públicas a contraer préstamos en el exterior que nunca llegaron a las arcas de dichas empresas, así como tampoco fueron registrados por el Banco Central, el argumento era la necesidad de contar con reservas de divisas, pero “El 83% de estas reservas fueron colocadas en 1979 en instituciones bancarias fuera del país. Las reservas se elevaron a 10.138 millones de dólares y los depósitos en los bancos exteriores a 8.410 millones de dólares. El mismo año la deuda externa pasaba de 12.496 millones de dólares a 19.034 millones de dólares (...) En todos los casos, el interés recibido por las sumas depositadas era inferior al interés pagado por la deuda.”¹².

Al volver la democracia en 1984 el gobierno de la Unión Cívica Radical encabezado por Raúl Alfonsín decidió que el estado asumiera la deuda pública y

¹¹ Toussaint, 2001:13

¹² Toussaint, 2001: 9

también la privada contraída con entidades internacionales. El corolario era entonces evidente. El sucesor de Alfonsín, Carlos Menem tomó el encargo de vender las empresas públicas para poder servir una deuda que entre el comienzo de la dictadura en 1976 y el año 2001 se “multiplicó casi por 20, pasando de menos de 8.000 millones de dólares a cerca de 160.000 millones. Durante ese mismo período, la Argentina rembolso alrededor de 200.000 millones de dólares, o sea, cerca de 25 veces lo que debía en marzo de 1976”.¹³ El sucesor de Menem, el forjador paciente de una amplia alianza centro izquierdista, Fernando de la Rúa, vivió en carne propia las determinaciones contrasociales del estado contemporáneo, su gobierno nació en medio del fracaso, sólo una fe ciega en ciertas fórmulas tecnocráticas pudo alimentar una relativa convicción de lograr gobernar efectivamente a la Argentina; más aun cuando el peronismo le había declarado la guerra política que incluía atizar en las masas el descontento que ellos bien conocían por ser sus sembradores. Ya privatizado el petróleo, la electricidad, la telefonía, el transporte aéreo y las principales empresas que habían pertenecido al otrora poderoso estado argentino; este se encontraba derechamente en quiebra; sin los recursos monetarios mínimos para cancelar los salarios del sector público y despachar las remesas presupuestarias a las provincias. Se ha hablado mucho, y con razón, que la opción federalista argentina implica el sustento de una abultada burocracia y de cacicazgos políticos en cada provincia, pero bien vale advertir que el “pueblo” argentino nunca se ha clientelizado por meras promesas, de tal manera que los cacicazgos políticos han constituido una forma –torcida y premoderna– de redistribución económica. Así, las recetas contractivas del gasto público no pueden contar con que los presupuestos provinciales sean en lo fundamental un despilfarro del burocratismo y la ineficiencia públicos.

Mientras el gobierno pasaba de manos peronistas a radicales, la gran pregunta de la clase media argentina era ¿hasta cuándo se mantendría la paridad peso/dólar? incertidumbre que, por más promesas que hiciese el nuevo gobierno, abría una sangría incontenible en los ahorros mantenidos hasta entonces en la próspera banca privatizada y transnacionalizada. Como garantía De la Rúa puso a la cabeza de su equipo económico al hombre que durante el menemismo había instaurado la paridad cambiaria, Domingo Cavallo. Pero ya antes de esta provocación para los sectores marginalizados por las antiguas medidas de Cavallo, los “piqueteros” arreciaban en los cortes de ruta, mientras las pobladas urbanas no sólo asaltaban comercios, sino que ya establecían formas concertadas con los administradores de grandes supermercados para la entrega de mercaderías evitándose al menos los daños materiales del saqueo convencional. Aun en este cuadro caótico, existía para la economía argentina un telón de fondo aun más terrible: el evidente peligro de caer en moratoria de pagos de la deuda externa ante la negativa de fondos del FMI dado el incumplimiento del déficit cero en el gasto fiscal.

¹³ Toussaint, 2001:1

Así, los grandes capitales nacionales y transnacionales iniciaron la estampida hacia arcas más seguras, mientras la clase media intentaba rescatar sus ahorros en pesos para convertirlos en dólares. Ante esto, y después de intentar algunos conjuros tecnocráticos para refinanciar al estado, el 1 diciembre de 2001 Cavallo decretó el célebre “corralito bancario” que impedía a los ahorrantes retirar sus dineros y de este modo salvaba a la banca de su inminente quiebra, permitiéndole aun algún auxilio al financiamiento del estado. Las protestas se incrementaron extendiéndose hacia la clase media, hasta que De la Rúa decretó el estado de sitio el 19 de diciembre de 2001. Aquella misma noche surgieron los fermentos de las asambleas barriales, para organizar los aspectos mínimos de las cientos de marchas que coparon Buenos Aires al son del “cacerolazo”, para ya en la madrugada congregarse 40 mil personas frente a la Casa Rosada y el Congreso, provocando la renuncia de Cavallo. Algunos manifestantes acamparon allí mismo con lo que alentaron a otros vecinos para sumarse tempranamente, exigiendo a esas alturas la renuncia de De La Rúa quien a las 9:30 ordenó la represión policial, extendiendo la revuelta por toda la ciudad. El peronismo estampó la sentencia al negarse al llamado de alianza política hecho por De la Rúa al rededor de las cuatro de la tarde; su huída en helicóptero selló el portal de la protesta social latinoamericana en el siglo XXI.

Este conjunto de acontecimientos es ya significativamente conocido como “el argentinazo”, algo así como un exceso que abre un agujero en los discursos, permitiendo que se cuelen todos esos otros acontecimientos particulares que no tienen más lógica ni sentido que el que producen in facto: democracia barrial antirrepresentativa; autogestión de fábricas; clubes de trueque; emisión de moneda social. Experiencias que analizaremos como conclusión de este capítulo, reservando la relación presente al desborde discursivo con el que trabajó la “imaginación material” de las multitudes argentinas para fundar los visos de un nuevo espacio público, trazas que seguramente serán sobrecodificados por los poderes abstractos de la moneda, pero que al mismo tiempo devendrán en nuevas escansiones prácticas del espacio discursivo.

El “argentinazo” no defenestró a un hombre, sino a la soberanía de lo políticamente ya constituido y “representado” por ese hombre. Pero el estado no puede ser sacado por su propia ventana, de este modo a los más termina revertido, como un circo donde los malabares se ejecutan sobre la carpa. La multitud contemporánea puede sacar a un estadista por la ventana del propio estado -nos enseñaron los argentinos de la protesta- pero crear el polo de una nueva sociabilidad política que magnetice las fuerzas del estado, es algo que sólo aparece como una expresión de las máquinas deseantes implicadas en la protesta, allí la política no fluye sino a partir de una potencia esquizo, de un delirio asignificante: “¡¡que se vayan todos!!”, consigna fundamental de la protesta... y... escándalo de “lo político”, demostración de impotencia y destemplamiento anómico, populista, descentrado, irrealizable, inasible e irresponsable. Pero cuando el circo del estado argentino dejó a sus malabaristas trabajando sobre la carpa, no se escucharon risas, ni albricias sino

sencillamente y de “verdad” “¡¡que se vayan todos!!”. Es evidente la tensión subjetiva que esta consigna implica

En la Argentina (...) no son las multitudes sino los poderes estatales, empresarios y financieros los que decidieron fugar de la sociedad hasta desampararla, abandonando la maquinaria biopolítica administradora del sistema hasta destinar a la sociedad a exigir la reposición de un orden capitalista de verdad y más justo (...) ¿Qué democracia propone la multitud del ‘que se vayan todos’? ¿Y cuál democracia propone Virno para un impensable postcapitalismo? (Casullo, 2002)

Un primer problema teórico: en la concepción del “éxodo” de Virno, la sociedad no se fuga de sí misma sino de la soberanía que obstruye su poder constituyente.¹⁴ Y un segundo problema de hermenéutica política: “que se vayan todos” no es una consigna proveniente de algún conjunto articulado de sentidos, sino un enunciado del inconciente colectivo que abre y produce multiplicidad de sentidos, algunos de los cuales pueden –con generosidades múltiples- ser sinergizados en pos de una nueva democracia. Cuando el 23 de diciembre asumió como presidente designado por el congreso el peronista Adolfo Rodríguez Saá; el movimiento de protesta no presenta ningún giro considerable; más bien a esa altura y con treinta muertos por cuenta del estado –biopolíticamente “ausente” según Casullo- los sujetos de la protesta comienzan a producir su propia economía de la violencia política, destinando una parte creciente de las energías sociales a componer por fragmentos basales un espacio público ad hoc a la nueva semintemperie resultante de una fuga sólo a medias de la clase dirigente. En la semana de gobierno de Rodríguez Saá, el movimiento de protesta, incluída la clase media “en corralito”, realizó al menos un acto de poder constituyente global, al producir en su delirante reiteración del “que se vayan todos” el sentido político económico de una moratoria unilateral del servicio de la deuda. Algo había sido constituido al menos en lo inmediato por la protesta social, consistía nada menos que en el rechazo al pago de la deuda externa sancionada como inmoral. Esto al menos contradice la lógica formalista en que la protesta de la clase media es de suyo un acontecimiento “del” capitalismo en tanto reivindicación de la propiedad privada de los ahorros; cobra entonces relevancia la teoría marxiana del norteamericano Erick Ollin Wright, quien afirma que las clases medias con capacidad de ahorro no son cómplices estructurales de la explotación del trabajo, sino que han desarrollado estrategias para ser “menos explotadas” que otros segmentos de la clase trabajadora; aparente sutileza de una teoría que le sale al paso a las vogantes “no-teorías de clases” neoweberianas, pero de suma importancia para analizar la condensación de las luchas sociales en momentos de crisis del capitalismo,¹⁵ la interpelación constituyente al capital financiero transnacional puede que no termine por definir una posición de clase según una definición teórica más o menos rigurosa, pero al asumir que una parte de esta posición se construye en esas las luchas condensadas por las crisis del capital,

¹⁴ Virno, 2003

¹⁵ Wright, 1989

se abre la puerta a la constitución de nuevos sujetos colectivos que deben ser retrocados por el estado, sea cual sea la condición de calamidad en que este se encuentre. Por eso, cuando Eduardo Duhalde asumió la presidencia el 1 de enero de 2002, no tuvo más alternativa que iniciar las conversaciones con el FMI bajo el manto oscuro de la moratoria unilateral ya implantada, lo que tampoco dejó de ser un golpe para el organismo financiero internacional, obligado a comprender las exigencias políticas del control capitalista.

La protesta continuó su ritmo y el control estatal se manifestó selectivamente, especialmente el 27 de junio de 2002 en que frente a las recios cortes de ruta la represión cobró dos jóvenes víctimas una de las cuales ya descollaba como dirigente de la llamada “Corriente Clasista y Popular”. Estos hechos fueron revelando que el “¡¡que se vayan todos!!” era un enunciado arraigado en las relaciones materiales de la protesta; por supuesto no implicaba la insinuación de un recambio ya preparado en la conducción del país, o para la apropiación de la “fuerza productiva general de la sociedad”, de hecho no insinuaba nada, simplemente produjo un efecto de politización intrínseca de lo social dando la espalda al estado, no por verlo vacío, sino justamente colmado de compromisos y constricciones que hacían enteramente previsibles sus márgenes de acción. Reservándonos aun la entrada al campo de los flujos productivos de la protesta, podemos decir que en lo inmediato esta se expresó como “golpes al lenguaje” abriendo los discursos y desmontando sus compromisos con la lógica de lo real constituido

“Existen muchas modalidades tácticas para afrontar la suspensión del pago de una deuda probadamente fraudulenta. La biblioteca de fundamentos jurídicos para justificar esta medida es monumental y el único desafío real estriba en sustituir las declaraciones altisonantes por acciones concretas. Pero hay que recordar que cualquier medida contra acreedores será viable si es adoptada como parte de un plan de reconstrucción económica integral. Por ejemplo, una moratoria divorciada del control directo sobre los bancos y el comercio exterior conduciría a un caos semejante al creado por Alan García en Perú a mitad de los 80. El debate actual sobre los programas económicos está dominado por las propuestas antiliberales frente al modelo prevaleciente. En estas discusiones se considera al capitalismo como un dato inamovible de la realidad, omitiendo que este sistema recrea periódicamente las crisis y origina terribles sufrimientos para la mayoría de la población. Por eso hay que considerar una tercer opción, socialista, que apunte a superar la tiranía mercantil mediante la planificación democrática. Una alternativa popular construida en torno de la mejora del poder adquisitivo, la reversión de las privatizaciones y la suspensión del pago de la deuda es el punto de partida de esta perspectiva de emancipación social.” (Katz, 2001: 10-11)

“Esta relación que llamamos capital, esta absurda relación basada en la negación del carácter social del hacer, esta relación absurda y enferma construida sobre el hecho de que una pequeña cantidad de personas

dice 'esto es mío, mío, mío; tócalo y te mataré' y lo hace (...) esta relación nos está matando, matando la humanidad en todo el sentido de la palabra. Ahora debemos aprender de todos los que frente a relaciones repugnantes y opresivas (...) han tenido el coraje de decir '¡Vete a la mierda! ¡Déjame en paz seguir con la vida tal como me parezca!' '¡Que se vayan todos!', como dice la gente en Argentina. No sólo el gobierno sino todos los políticos, no sólo los políticos sino sus amigos capitalistas, no sólo los amigos sino todos los capitalistas, todo el capital (...) [que] se yergue como un guardia ante el movimiento social del hacer (...) No queremos reemplazar un guardián por otro, ya sea que lo llamemos el Estado o el partido. Queremos acceso directo a la sociabilidad del hacer. Eso es lo que significa la revolución (...) no se trata de tomar el poder sino de ganar acceso directo a la sociabilidad del hacer. De eso depende la supervivencia de revueltas como el argentinazo de diciembre. (Holloway, 2002: 1 y 3)

Pero el Angelus Novus -la pintura de Paul Klee con la que Walter Benjamin gustaba identificar el progreso contemporáneo- contempla la catástrofe mientras huye ferozmente de ella, el vértigo del cuadro no es ergonómico sino el reflejo del horror en el rostro angélico. Esta es una condición ineluctable de la multitud cualquiera sea el estado de desarrollo de su nuevo espacio público o de la política por-venir; si la revolución, el socialismo, o el impensable postcapitalismo como lo denomina Casullo consiste en reapropiarse de una sociabilidad que el estado moderno ha contribuido a mantener escindida del obrar colectivo al garantizar jurídicamente el valor del capital, el reacoplamiento del obrar y su sociabilidad requiere una aneconomía de la catástrofe que impere incluso por sobre la economía autónoma de la protesta multitudinaria; esto quiere decir que con vistas a la situación del subcontinente, aunque con los datos específicos de la crisis argentina; una de las diferencias irreductibles que puede ser rastreada en el movimiento de la multitud es el juego entre la desmesura del actuar y la recuperación reflexiva de ese actuar, pero hablamos de aneconomía porque esa recuperación no consiste en calcular las consecuencias de lo inconmensurado durante la praxis, sino que es ella misma una continuación de la praxis bajo condiciones de recuperación parcial y momentánea de la sociabilidad escindida, es un paréntesis que la multitud logra ponerle a la catástrofe que ella no engendró y que al mismo tiempo es imposible sin su participación.

Pero un radicalismo ciego sólo vería el lado oscuro de esta aneconomía: una participación electoral elevada al equivalente de un "¡¡que vuelvan todos!!", aunque siempre la lectura jacobina podría arreglárselas para decir que las elecciones presidenciales acordadas por el congreso argentino y realizadas el 27 de abril de 2003, tuvieron por resultado final la elección del Presidente con más baja votación en la historia de Argentina, luego que Menem (24,5% de los sufragios) se negara a enfrentar una derrota segura en la segunda vuelta frente al actual presidente Néstor Kirchner (22,2%); si comparamos con las elecciones legislativas de 2001, en que los sufragios nulos y blancos alcanzaron el 21% ("votos bronca"), contra el 2,5% en las presidenciales de 2003, además

de considerar la alta participación, que alcanzó el 78% del electorado¹⁶, debemos entender que la aneconomía de la catástrofe tiene su lugar en el movimiento de la multitud, al menos en el claro entendido que el deseo colectivo no es el de “la supervivencia de la revuelta” como con espíritu militante (que es otro de los innegables elementos de la multitud) plantea John Holloway.

4. Crisis política y emergencia del “intelecto público”. Las “empresas recuperadas” en Argentina

Al revisar la configuración de la protesta latinoamericana hemos excluído expresamente el análisis de determinadas manifestaciones que a nuestro juicio constituyen el polo afirmativo de las multitudes, osea, la expresión -ciertamente parcial, embrionaria y contradictoria- de un nuevo saber en movimiento. Entendiendo que se trata de prácticas intersticiales permanentemente asediadas por las máquinas semióticas de captura capitalistas, debemos asumir que estas prácticas no pueden ser inventariadas pues no constituyen una forma ni un bloque definidos, se trata de un movimiento de particularidades que, resguardando su calidad de tales, cultivan las diferencias que amenazan los órdenes del poder capitalista. Entonces nos referimos a movimientos que pueden tener lugar en las expresiones más íntimas de aquellos sujetos que exteriormente describen una plena integración al sistema capitalista, como así mismo en corrientes políticas formalizadas al punto de constituirse en gobiernos nacionales.

Así nos referiremos en esta sección a algunas formas de economía desarrolladas como parte de la protesta en Argentina. Comprendemos que en este sentido el movimiento más basto y sostenido en América Latina es el de los Sin Tierra brasileños, pero en este punto nuestra intención es mostrar cómo las crisis políticas pueden condensar prácticas económicas propias de un nuevo saber en movimiento; lo que podría indicar que el ensamble de demandas y autogestión económica que ha conferido al MST una enorme autonomía política, puede subyacer a las prácticas de otras multitudes latinoamericanas.

Así, nos enfocaremos en la experiencia argentina de recuperación de empresas. Como ha sido frecuente en la historia latinoamericana se trata de un fenómeno que reemprende su ciclo en el campo para luego estallar en las ciudades¹⁷. La llegada de las multinacionales y los capitales monopolistas al

¹⁶ Jorge, 2003

¹⁷ A lo menos desde mediados del siglo XX, la influyente corriente trotskista de la izquierda argentina, impulsó el llamado Control Obrero de la Producción, intentando prefigurar un socialismo no burocrático. Así se suscitaron diversas experiencias de ‘tomas’ y autogestión productiva desde mucho antes de los noventa, sin embargo, una constatación de este tipo podría remontarnos sin matices hasta la Europa de la primera revolución industrial. Entonces, el nuevo ciclo predicado para la formación social argentina a partir de una experiencia rural e indígena, tiene la inscripción específica del “General Intellect” desarrollado inéditamente en el capitalismo post-fordista (ver supra Cap. I). Para la perspectiva trotskista ver: Lucita, 2003

Norte Argentino durante la dictadura militar originó un movimiento indígena campesino en defensa de la propiedad comunitaria de la tierra; así, el 4 de agosto de 1990 se formó el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE), “Casi trece años después, el movimiento no para de crecer: tiene un profundo planteo sobre la reforma agraria y la soberanía alimentaria, posicionamientos contra el ALCA y las semillas transgénicas, un proyecto de educación que retoma los saberes de sus antepasados y acaban de inaugurar ‘FM del Monte’, radio que transmite en quechua y en castellano de lunes a domingo”¹⁸. Este movimiento se ha desarrollado a través de cooperativas campesinas que producen bajo la asediante exigencia estatal del respeto a la propiedad capitalista del suelo; de este modo ha presentado dos caras, una de lucha social para resistir los desalojos y otra de organización económico comunitaria para la producción y comercialización de sus productos; entre ambas expresiones se ha desarrollado una nueva forma de politización testimoniada por algunos de sus dirigentes

Al principio es difícil. Venimos de un sistema individualista que nos marcó muy de adentro (...) Pero en el momento en que los compañeros toman conciencia de que somos capaces de producir, de que tenemos los conocimientos y el derecho es nuestro, entonces, las propuestas salen directamente de ellos. (en Amorín, 2002)

Nosotros hacemos política, no la partidaria, pero hacemos. Si bien es cierto que vivimos, en los papeles, en un mundo democrático, un presidente puede destruir un país, como lo ha hecho, por eso lo del presidente lo andamos descartando. Trabajamos por secretariados, tenemos secretaría de salud, de educación, de juventud; si al movimiento se le cae una secretaría, no se va a caer el movimiento, se cae una secretaría. (...) Nos cuesta formar una familia, más trabajoso es juntarnos entre vecinas y vecinos. Muy difícil es. (...) Por eso nos articulamos con compañeros de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), el Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil, campesinos de Paraguay y Chile, porque creemos que con un movimiento multinacional vamos a derrotar a este enemigo. (en Amorín, 2002)

Opacado tal vez por sus aliados brasileños del “Movimiento de los Sin Tierras”, el MOCASE prefiguró sistemáticamente el nuevo conflicto de clases caracterizado por la realización afirmativa del antagonismo en la recuperación, parcial pero directa, de la cooperación social subsumida como valor del capital, de esta forma apuntó hacia aquel ramal político del post-fordismo que hoy cobra cuerpo en los centros productivos y de servicios ocupados por trabajadores argentinos. Hacia fines de 2002 y comienzos de 2003 la cifra de estas ocupaciones oscilaba entre 70 y 150 empresas según diversos autores¹⁹ “el fenómeno de las Empresas Recuperadas, que hoy incluye a mas de 140 unidades productivas y ocupa a 14.000 personas.”²⁰, no obstante, es

¹⁸ Amorín, 2002

¹⁹ Ver por ejemplo: Encuentro de juristas y empresas recuperadas, 2003 y Valente, 2002

²⁰ Encuentro de juristas y empresas recuperadas, 2003

conveniente tener presente que de acuerdo con cifras entregadas por la Federación de Cámaras y Centros Comerciales de la República Argentina (Fedecámaras), unas 1.800, de un total de 200.000 pequeñas y medianas empresas existentes en Argentina, son manejadas por sus empleados²¹. El contexto de crisis económica capitalista es el que diferencia a estas experiencias de las formas más conocidas de autogestión productiva suscitadas al amparo de más o menos efímeros estados socialistas como el yugoslavo o el de la Barcelona republicana, o nacional-desarrollistas como el boliviano, después de 1952 y el chileno de 1970-73.²² Más importante aun es que no se trata de una crisis políticamente imputable a la presión salarial, sino de un resultado completamente endógeno a la dinámica del capital que se traduce en su autoliquidación productiva, su reconversión especulativa y finalmente su pretensión de subsumir en estos procesos la potencia misma de la cooperación laboral. En efecto, la totalidad de los casos referidos por la literatura consultada, arrancan con el progresivo abandono de la empresa por parte del capitalista; en no pocos casos se ha podido demostrar que este abandono es un negocio premeditado del que incluso participan los sindicalistas tradicionales

“Las poco más de cien obreras de la textil Brukman, una empresa que fabricaba trajes de hombres en el barrio Once de Buenos Aires, quedaron perplejas cuando el patrón desapareció a fines de diciembre [2001], mientras el país ardía. Desde hacía meses les pagaba una mínima parte del sueldo (...) Cuando pasaban los días y no aparecía ningún gerente, unas pocas atinaron a quedarse allí adentro, como Celia, que no tenía la menor experiencia sindical (...)”²³

La citada empresa textil, junto a “Cerámicas Zanón” -en la sureña provincia de Neuquén- conforman la punta de lanza de una vertiente que busca consolidar el movimiento estatizando las ocupaciones y estableciendo la “Gestión Obrera Directa”²⁴. Zanón es, con sus veinte años de existencia, una de las empresas de cerámica más importantes de Argentina²⁵; el carácter emblemático adquirido por las luchas que han librado sus trabajadores se debe, en medida importante, a que en esta experiencia se encuentra claramente retratado el paso de la lucha de clases propia de la sociedad industrial a la lucha de clases del capitalismo maduro o post-fordista. Desde el invierno del año 2000, comenzó a gestarse en la empresa un parsimonioso recambio de la cúpula sindical, no se trató de una campaña orientada a las elecciones de directiva, sino de un movimiento sumergido que de hecho se vió obligado a comenzar en los hogares de algunos trabajadores. Estas acciones prefiguraron una organización de nuevo tipo, aunque los llamados “enjeux” iniciales fueron de corte tradicional: “Diez muertes por inseguridad, despidos de obreros, rebajas salariales, falta de transporte y de servicios de enfermería son las

²¹ Gorojovsky, 2002

²² Un antecedente más similar es la toma de la fábrica de relojes Lipp en Francia en 1973.

²³ Zibechi, 2002

²⁴ Ver: [Noticias de la Rebeldía](#), 2004 y Coordinadora de Apoyo al Pueblo Argentino de Cataluña, 2001

²⁵ Su capacidad productiva se calcula en un millón de metros cuadrados al mes. Ver: Obreros de Zanon, 2002 (año de consulta)

principales causas que motivaron a los obreros a organizarse y empezar la lucha”²⁶, proceso que hacia fines de 2001 abrió paso a la recuperación de la empresa por los trabajadores. De este modo, cuando todo certifica que las clases explotadas mantienen un muy bajo nivel de proactividad o protagonismo en el conflicto con sus patrones, una alteración no deliberada de la situación material termina desatando drásticas tomas de conciencia ya no sólo respecto de la explotación, sino que principalmente de la potencia productiva instalada en sus relaciones directas como trabajadores. La impotencia vivida en el plano de las reivindicaciones del salario directo e indirecto, toca fondo sólo en la medida en que muta el plano inmanente de las relaciones de producción; toda la discursividad antineoliberal centrada en la redistribución de la riqueza es entonces sobrepasada -nunca des o reemplazada- por la contradicción del capital, provocando un acontecimiento que rompe la cadena lógica de la acción colectiva sociológicamente concebida. Los trabajadores post-fordistas latinoamericanos, se ven de golpe enfrentados a la posibilidad concreta de gestionar la producción de la riqueza como parte de su propia relacionalidad, posibilidad que algunos actualizan más por el apremio prerreflexivo de la reproducción material de la vida, que por intelección autoconciente: "Lo que nosotros hicimos fue una cosa de locos. Solamente un loco puede hacer eso considerando que nosotros no teníamos contacto con los clientes ni nada. Lo hicimos por desesperación. No teníamos adónde ir y nos jugamos. Nos salió bien y hoy podemos contar el cuento". Así versa el testimonio de Horacio Campos, actual, presidente de Industrias Metalúrgicas y Plásticas de Argentina (Impa)²⁷, la que por su parte lidera una opción cooperativa desligada del estado. Según Raúl Zibechi, Impa fue fundada en 1918 por empresarios alemanes, en 1935 pasó de fundición de cobre a fábrica de aluminio, fue nacionalizada durante el primer gobierno de Perón, para en 1961 pasar a funcionar como empresa privada encubierta por una estructura cooperativa²⁸, según el mismo autor, esta fue la empresa que construyó los únicos aviones a reacción en toda América Latina, aunque ya entrada la década de los 90 su giro principal era la producción de envases de aluminio. A diferencia de las Cerámicas Zanon, los problemas se presentaron directamente como quiebre en la relación salarial que definió las posiciones de los sujetos del trabajo fordista, desde 1997 "empezaron los problemas con los sueldos (...) Nos hacían esperar hasta las 5 o 6 de la tarde para darnos unos pesos: a veces no nos daban nada y otras nos daban dos, tres o cinco pesos"²⁹. En 1998 el cierre de Impa era tan inminente que ya el suministro eléctrico le había sido suspendido, apenas 15 obreros, de los 500 que alguna vez llegó a tener, se juntaron con al rededor de otros 35 despedidos, para tomar la fábrica y después de 18 días conseguir que la comisión directiva aceptara traspasarles el control.³⁰ Continuando con su locura, los trabajadores echaron a los gerentes y, a través de un nuevo consejo de administración elegido por ellos, decidieron que la única forma de enfrentar la competencia desleal del monopolio ALUAR -fabricante de sus propios lingotes

²⁶ Zibechi, 2002 y Obreros de Zanon, 2002 (año de consulta)

²⁷ Gorojovsky, 2002

²⁸ Zibechi, 2002

²⁹ Gorojovsky, 2002

³⁰ Ídem

de aluminio- era utilizar chatarra de aluminio como materia prima. La decisión puso en evidencia las distancias entre los saberes formados en la cooperación del trabajo y la experticie de los ingenieros que auguraron la inviabilidad del proyecto³¹. En el 2002 los ingresos mensuales de la autogestionada Impa alcanzaban los 152 mil dólares³², la fábrica funciona sin créditos y ha debido servir diversas deudas de arrastre, de todos modos la experiencia sobrevive amenazada de liquidación por deudas infladas en la banca; así, el capital financiero se confronta directamente con los intereses de 147 trabajadores que actualmente gestionan la fábrica percibiendo cada uno ingresos equivalentes a 271 dólares mensuales³³. La expresión de nuevas contradicciones clasistas verifica la progresiva disolución de los límites entre la producción fabril y el conjunto de la organización social; el bosquejo teórico del obrero social negriano encuentra en la experiencia de Impa no un correlato expresivo, sino una mutua interpelación para reconducir los saberes sometidos hacia nuevas subjetividades capaces de afirmar la integralidad social de la cooperación productiva. En efecto, junto a sus logros productivos -sin duda entramados todavía en la valorización capitalista, los trabajadores de Impa han debido afrontar la amenaza de liquidación financiera apelando al estado general de movilización social desarrollado en la Argentina de comienzos del tercer milenio; la asambleas barriales de su entorno inmediato y otras lejanas que arrastraron al movimiento de los piqueteros han sido fundamentales en la defensa de esta fábrica ocupada frente a los embates represivos del estado y a las acciones legales de la banca. En el interés concreto de atraerse esta imprescindible solidaridad de base, los trabajadores de Impa idearon montar un centro cultural en dependencias de la fábrica autogestionado por 40 jóvenes, al respecto el citado Campos “recuerda que cuando empezaron a aparecer (...) ‘los pelados con aritos’, los obreros no querían saber nada. Ahora comen todos juntos en el comedor [y] se jactan de que nunca hubo un incidente entre universitarios, anarcopunks, jóvenes que posan desnudas, homosexuales y viejos obreros y obreras que apenas cursaron dos o tres años de escuela.”³⁴. Como evocando cierta grandilocuencia de la cooperación en el socialismo real, esta experiencia ha sido bautizada como “La Fábrica Ciudad Cultural”; ya se han realizado en ella la versión 2001 del Festival de Cine de Buenos Aires y varios ciclos de conferencias inaugurados por quién acompañara al “Che” en la Sierra Maestra, Orlando Borrego, sin embargo, el flujo más activo proviene de los 35 talleres y cursos permanentes “donde se realizan fiestas, funciones de cine, de teatro y todo lo que uno pueda imaginar”³⁵, todo además registrado, difundido y discutido por una publicación periódica propia, la “Revista IMPActo”.

“Quien visite la fábrica al atardecer, cuando la producción empieza a decaer y llegan los jóvenes, pasará de un taller ruidoso donde obreros engrasados manejan máquinas que escupen tubos de aluminio, a espacios contiguos

³¹ Zibechi, 2002

³² Gorojovsky, 2002.

³³ Valente, 2002

³⁴ Zibechi (2002) agrega que el comedor fue bautizado “con el nombre de Azucena Villaflor de Devicenti por la desaparecida fundadora de Madres de Plaza de Mayo, que también fue obrera metalúrgica”

³⁵ Zibechi, 2002

separados por un pequeño pasillo donde, en el mayor de los silencios, un grupo de estudiantes dibuja un desnudo en torno a una modelo. “³⁶

Resaltar el nuevo carácter de la autogestión en la lucha de clases postfordista no implica sostener que este movimiento agote la politicidad de las clases explotadas, ni siquiera que se encuentre superada la posibilidad fáctica de intervenir los procesos con vectores de fuerza elaborados en otros niveles del conflicto clasista (partidos o movimientos de cuadros, por ejemplo); precisamente allí reside el valor de revisar empíricamente los acontecimientos desatados por la recuperación -sin duda parcial y episódica- de la cooperación productiva. Por lo tanto no nos interesa presentar una “auténtica” naturaleza de las relaciones humanas en las que se prefiguraría un nuevo modo solidario de producción, antes bien, intentamos poner en evidencia que incluso las “naturalezas” tenidas más a firmes en un determinado campo estructural, pueden mutar radicalmente como resultado indeterminado’ de los procesos productivos. No encontramos en esta experiencia al “homo faber” esencial, sino el infinito fluir de la producción en que el hombre mismo ha tenido lugar sin distinción de forma y contenido. Internarse en los logros de las empresas recuperadas por sus trabajadores en Argentina, es entonces producir el sentido mismo de una porción de lo humano en su devenir concreto, empezando por la recuperación de aquella inesencial capacidad productiva suspendida por las urgencias irracionales del capital; es, por ejemplo, lo que ocurrió cuando, ante el abandono de sus propietarios, las autoridades distritales de Buenos Aires autorizaron la expropiación de una imprenta y una fábrica de productos para heladerías, en esta última “la expropiación de las máquinas fue a cuenta de los salarios adeudados por la empresa”³⁷ aclara Manuel Ruiz integrante de la cooperativa que ha logrado mantener una planta equivalente a la mitad de los noventa trabajadores en 1999 antes del comienzo de la crisis. También en 1999 el Frigorífico Yaguané fue convertido en cooperativa por sus trabajadores, en el 2002 ya se contaba entre los tres de mayor producción en Argentina, facturando 285.000 dólares al año y exportando a la unión europea, lo que, según Marcela Valente, permite a la cooperativa pagar buenos sueldos y entregar seis kilos semanales de vacuno a sus 500 empleados³⁸. Desde el punto de vista de la cantidad de plazas laborales resalta la lucha de tres años por la reestatización de “Yacimientos Carboníferos Río Turbio” que ocupa directamente a más 1000 trabajadores³⁹; sin embargo, el mismo autor llama la atención acerca del valor atribuible a un caso bastante más modesto en absorción de fuerza laboral, se trata de la pequeña, pero moderna Imprenta Chilavert, donde el factor clave ha consistido en la voluntad productiva de sus trabajadores, cuyo primer puente de continuidad ha consistido en la fabricación de volantes y afiches para organizaciones sociales, demanda explosiva que también pudo consistir en la excusa (“pre”texto cooperativo) para evitar el remate de los “bienes de capital” y continuar en ellos el único “bien del trabajo”

³⁶ Ídem

³⁷ Valente, 2002

³⁸ Ídem

³⁹ Zibechi, 2002.

(quizá el texto previo de una cooperación ampliada)⁴⁰. Esto no debe llevar a pensar que las limitaciones del movimiento coinciden con la de cualquier expresión altruista o post-materialista, los trabajadores de La fundición Unión y Fuerza, que recientemente pasaron de 30 a 50, ganan un equivalente a 430 dólares mensuales, constituyendo además una de las pocas experiencias con apoyo de un sindicato tradicional como el de Trabajadores Metalúrgicos⁴¹. El afincamiento en materiales intereses de clase queda también de manifiesto en la plasticidad ideológica de algunas fórmulas utilizadas para el mantenimiento de la producción. Los trabajadores cordobeses de Zannello, única fábrica argentina de tractores, integraron su cooperativa de más o menos 280 socios a una sociedad anónima en que un tercio de las acciones les pertenecen, mientras que un segundo tercio quedó en propiedad del personal jerárquico y técnico (manteniendo la posibilidad de mejores ingresos) , en tanto el último pertenece a los concesionarios que venden los tractores y que por tanto estaban afectados por el cierre de la empresa; el pago de acciones por parte de estos últimos es lo que permitió no sólo relanzar la producción, sino que hacerlo a través de un nuevo modelo que se comercializa a un 30% por debajo del precio de mercado de los tractores John Deere en argentina; razón por la cual en el 2002 –en medio de la crisis- lograban ya vender un tractor al día asegurando los ingresos de 400 trabajadores⁴²

Una 'galaxia microeconómica', una 'molécula de la economía macro'. Como quiera que se las mire, las empresas recuperadas recientemente en Argentina no representan ni se dejan representar más que por su propia práctica productora, como colectividades cuya constitución corrompe la escena del discurso, instalando allí y más acá de todo diagnóstico, de todos los gestos preventivos, la potencia política de lo que sólo hasta ayer se tuvo por irrealizable. Es esta una gradiente sorpresiva en sus vecciones; así les ha ocurrido a algunos sujetos del sector de Flores en Buenos Aires, los que decidieron recuperar la "Clínica Portuguesa" abandonada durante casi seis años⁴³. "Sólo el local" se dijeron, sin imaginar que allí encontrarían el instrumental médico que les ha desbocado los sueños; "Nuestra idea inicial apuntaba simplemente a recuperar un espacio para desarrollar actividades en el barrio desde la asamblea (...)"⁴⁴, pero la todavía inenarrada barbarie del capital contra los valores de uso había abandonado en aquellos cuatro pisos, 20 salas de internación, consultorios, una sala radiológica totalmente equipada, quirófanos y hasta la Unidad de Terapia Intensiva con sus camas y respiradores artificiales⁴⁵, por eso se convocó a un encuentro al que convergieron decenas de asambleas barriales y fábricas tomadas. Se acordó la implementación de un centro de salud para los 8.000 trabajadores de unas sesenta empresas autogestionadas, además de un centro de salud preventiva para los vecinos del

⁴⁰ Ídem

⁴¹ Valente, 2002

⁴² Zibechi, 2002. En el nivel consultado se debe conceder un amplio margen de error a las cifras ya que, por ejemplo, para el mismo caso de Zanello, Valente (2000) afirma: "La fabricante de tractores Zanello amplió este año su personal de 60 a 240 trabajadores, en buena medida beneficiada por la devaluación"

⁴³ Hauser, 2002

⁴⁴ Testimonio de Omar Chianelli en Hauser, 2002

⁴⁵ Hauser, 2002

sector “‘Que se vayan todos, así tendría que llamarse’, dicen desde la cabecera, mientras que desde la otra punta los cuestionan porque ‘la intención es que vengan todos’. En medio de las risas una chica de pelo lacio hasta el hombro se para y anuncia que la textil Brukman fabricará ‘la ropa de cama para la clínica’. Los aplausos estallan y ahí empiezan a pensar qué podrá aportar cada una de las empresas manejadas por sus trabajadores”⁴⁶. Mostrando la imbricación con el fenómeno de las Asambleas Barriales -que enseguida comentaremos- fue el dirigente de una de estas, perteneciente al sector de Avellaneda, quien explicó el mecanismo económico concebido en el encuentro para llevar adelante la iniciativa del centro de salud, entonces se evidencia el carácter material (no ideológico) del proyecto, no se dudará en golpear las puertas estatales y de la cooperación internacional, pero esta vez el intelecto público de la producción post-fordista irá por delante del sujeto deprivado recurrir a las autoridades de salud así como a la cooperación internacional “Con el excedente de las fábricas recuperadas se va a constituir el capital inicial. También se harán gestiones ante las autoridades de Salud y estamos hablando con gente en España y otros países europeos para ver si pueden ayudarnos a completar el equipamiento”⁴⁷

"Ahora, en conjunto vamos a demostrar que la salud manejada por los trabajadores no es tan cara como dicen."⁴⁸

El problema no son los costos sino su determinación sobre una estructura de competencia, la cooperación también tiene costos, pero sin el sentido radical de la dilapidación competitiva.

⁴⁶ *Ibíd*

⁴⁷ Testimonio de Gustavo Vera en Hausser, 2002

⁴⁸ Testimonio de Eduardo Murúa citado en Hausser, 2002